

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS:

LOS DILEMAS DE LA IDENTIDAD

Andrés Fábregas Puig*

Mi niñez pasó quemada entre el odio y el amor
José María Arguedas

Resumen

La vida y la obra de José María Arguedas estuvo marcada por sucesos dramáticos. Quedó huérfano de madre cuando aún no cumplía 5 años de edad. Sufrió con la segunda esposa del padre. Se consideró un mestizo cultural lo que le significó problemas emocionales e incluso conflictos con intelectuales dentro y fuera del Perú. Se suicidó como culminación de una vida transcurrida entre intensas alteraciones emocionales.

Abstract

The life and Works of José María Arguedas was marked by dramatic events. He was in orphanage from his mother before five years old. He suffer greatly with the second wife of his father. He think of himself as a cultural mixed, which was a source of emotional problems and conflicts with his fellow intellectuals inside and outside of Perú. He committed suicide as the culmination of a life that goes on between intense emotional suffering.

Palabras clave/Key words: mestizo cultural, indigenismo, Perú, suicidio / cultural mixed, suicide.

* Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca (SEPECH).

Los antropólogos mexicanos no hemos atendido a la obra de José María Arguedas en la medida que se merece. Menos nos hemos preocupado por reflexionar acerca de su vida, de su obsesión por quitarse la vida y, sobre todo, del dilema que le representó ser hablante de quechua y de castellano en un país de nuestra América como Perú. Además, el período en el que vivió Arguedas es importante para comprender sus pasiones y sus depresiones. Nació en Andahuaylas en el año de 1911, cuando en México la Revolución Mexicana se desencadenaba en todo el país. En verdad, Arguedas nació con un siglo, el xx, inaugurado por el primer movimiento social de envergadura que lo anunciaba: la Revolución Mexicana. El padre de Arguedas fue un abogado nacido en Cuzco, Víctor Manuel Arguedas, que llegó a tener posiciones de cierta relevancia como juez. Su madre fue Victoria Altamirano Navarro, miembro de una próspera familia de Andahuaylas, el pueblo natal, situado en las serranías del Sur de Perú. En 1914, a solo cuatro años de edad de José María Arguedas, murió su madre, suceso que signó su destino y marcó su vida. Sólo tres años después de este que fue para Arguedas un terrible suceso, su padre contrajo nupcias de nuevo en 1917, con una hacendada de San Juan de Lucanas llamada Grimanesa Arangoitia Iturbi. Al morir la madre, Arguedas pasó a vivir con la abuela paterna Teresa Arellano, antes de trasladarse a Lucanas en donde vivió una terrible infancia, si hemos de creer a sus propios relatos. Fue en Lucanas el lugar en donde José María Arguedas se transformó en un mestizo cultural. Sucedió que la madrastra lo envió a vivir con los criados indios, hablantes de quechua, lo que le permitió a Arguedas dominar los dos idiomas en que expresó sus angustias y sus convicciones: el castellano y el quechua. Tanto José María como su hermano Arístides tuvieron que vivir con la nueva esposa del padre. Es importante para entender a una personalidad tan compleja como la de Arguedas tener en cuenta que Arístides nunca menciona maltrato alguno de la madrastra ni el haber convivido con los quechuas tan íntimamente como su hermano menor. Sabemos que Arístides se separa de su hermano al irse a estudiar a Lima, la capital de Perú, en el año de 1919. Sin el padre y sin el hermano, José María quedó a merced de la madrastra. Peor aún, se las tuvo que arreglar para esquivar las constantes agresiones de un personaje que en sus relatos es descrito como un ser brutal: su herma-

nastro Pablo Pacheco. Éste, según lo cuenta Arguedas, era un gamental, es decir, un torturador de indios, una persona que disfrutaba haciendo sufrir a los quechuas. Arguedas arguye que tan singular personaje a quien uno se imagina babeante, atontado por el alcohol, tenía rasgos indígenas en contraste con el rostro blanco del propio Arguedas, lo que constituyó algo que no pudo soportar el bestializado personaje. Arguedas lo describe como “un criminal clásico”. Arístides opinó que todo ello era una exageración de su hermano, pero recordemos que él vivió en Lima en los años en que se relatan estas conflictivas relaciones. Más todavía, a mediados del mes de julio de 1921, Arístides regresa de Lima pero para huir junto con su hermano a la hacienda de Viseca, propiedad de un tío, Manuel Perea Arellano. ¿Por qué habrían de huir ambos hermanos? La respuesta de Arguedas es clara: para librarse del hermanastro y de la madrastra.

En la hacienda de Viseca el propio Arguedas buscó a los quechuas. Para esos tiempos era bilingüe, dominando el quechua y el castellano. Con los indios trabajadores de la hacienda aprendió Arguedas el cultivo de las plantas. Pero también la cosmovisión, los intrincados caminos del complejo pensamiento de los quechuas, en voz de Felipe Maywa y de Víctor Pusa. En forma paradójica, la vida en la hacienda de Viseca le significó vivir en libertad.

Finalmente el padre se acordó de su hijo. Lo recuperó y lo mantuvo a su lado en sus largos viajes de juez por los pueblos del Perú. Así conoció Arguedas su país mientras Arístides, el hermano misterioso, continuaba estudiando en Lima. En un momento entre los años de 1924 y 1925, José María Arguedas estudió interno en el Colegio Miguel Grau en la ciudad de Abancay. La institución pertenecía a los padres mercedarios en donde el cristianismo le fue inculcado. Su obra *Los ríos profundos* es una descripción de esos años, vitales para entender el conflicto de identidad de Arguedas, entre el cristianismo mestizo, no religiosa sino culturalmente, y las enseñanzas de los quechuas. Mientras Arguedas permanecía con los padres mercedarios en Abancay, su padre continuaba su errante vida de juez pueblerino. Así que la infancia de José María Arguedas fue moldeada por la vida en la Sierra, con el quechua suave y tonal, con el castellano cantado e íntimo, en medio de los vientos fríos.

Otro suceso le significó un giro repentino: su ingreso a la escuela secundaria en el Colegio San Luis Gonzaga en la ciudad de Ica, situada en la costa, en un medio radicalmente distinto al

de la Sierra. Aquí se encontró de nuevo con su hermano Arístides. Fue importante esta estancia de Arguedas en la costa porque sintió en carne propia el desprecio de los costeños hacia los serranos, la burla cotidiana y la humillación. Arguedas era sólo un adolescente cuando enfrentó esas realidades que cabalgan por América Latina. Su primer enamoramiento se frustró porque la muchacha pretendida le respondió que no tenía amores con serranos. Tuvo en estos días Arguedas una respuesta admirable: se convirtió en el mejor estudiante, aún en contra de la voluntad de los maestros y alumnos con quienes compartía el colegio. Y lo hizo remarcando su condición cultural de quechua.

De pronto el padre volvió y con él la vida en la sierra nuevamente. El andar por multitud de pueblos fue de nuevo su aula. En Huancayo logró terminar la secundaria en el colegio de Santa Isabel. Esta estancia marca el inicio de Arguedas como escritor publicando sus primeros textos en una revista de carácter estudiantil llamada *Antorchas*. Es probable que sus primeras narraciones daten de esta época.

Justo al cumplir 20 años de edad, pero cuando su vida lo había convertido en un hombre maduro, Arguedas ingresó a la Universidad en la Ciudad de Lima, la capital de su país, que sería su hogar hasta su suicidio. Se inscribió en la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos en donde se le trató con cortesía y deferencia. Tuvo condiscípulos destacados como Luis Felipe Alarco o Carlos Cueto, quienes serían figuras señeras de la filosofía en Perú; o los poetas Emilio Adolfo Westphalen y Luis Fabio Xammar con quienes conservó una larga amistad. En 1932 ocurrió la muerte de su padre con lo que la orfandad de Arguedas fue total.

En los días en que Arguedas ingresa a la Universidad Mayor de San Marcos comenzaba a perfilarse la teoría indigenista que daría pie a una política de Estado, el indigenismo, aplicada prácticamente en todo el continente americano. Los Estados Nacionales buscaban afianzar una identidad y una cultura nacionales que visionaron mestiza, ciertamente, ayudados por los antropólogos. El planteamiento de que el mestizo es el protagonista de la historia americana recibió en México sus insumos más importantes a través de los textos de Alfonso Caso, Julio de la Fuente, Moisés Sáenz, Gonzalo Aguirre Beltrán, Alfonso Villa Rojas y tantos otros. En Perú, fueron importantes en este planteamiento los textos de José Matos Mar y de Aníbal Quijano. Precisamente el dilema de sen-

tirse quechua y a la vez, mestizo, atormentó a José María Arguedas durante toda su vida. Se sintió un huérfano cultural. Es decir, alguien que tendría que despojarse de una de sus identidades, la quechua, para dar paso al mestizo que tampoco acababa de aceptar. El entorno nacional del Perú, al igual que el resto de América Latina, favorecía la visión monocultural de los Estados Nacionales, obsesionados por crear comunidades de cultura sobre las cuales sustentarse. Arguedas vivió y participó en las interminables discusiones sobre el “ser nacional” mientras su pensamiento y su espíritu se quebraban ante la insistencia de que la *indianidad* era una condición perdida. Si para el escritor estos dilemas resultaban inquietantes para el antropólogo eran tormentosos. Arguedas se movió en esos contrastes: quechua y mestizo, escritor y antropólogo, serrano y costeño. La búsqueda de la identidad, de afianzarse a una raíz, lo llevó a la desesperación. ¿Por qué habría de dejar su condición de quechua en aras de un mestizaje demandado desde el Estado Nacional? ¿Por qué el ser quechua no tenía lugar en el Perú? ¿Por qué lo perseguía la orfandad? Quizá las respuestas nunca llegaron.

El dramático caso de Arguedas debe inscribirse en una historia, la de América Latina o Nuestra América como prefiere José Martí, cuyos pueblos siguen en el debate de la identidad. Para Arguedas ésta fue una cuestión central. No lo era sólo desde el punto de vista de la sociología y la antropología de países como el Perú, sino que incluía a los individuos, a las personas que ostentaban una identidad oscilante entre una condición cultural y otra. ¿Por qué esas distinciones separan? Como era el caso entre costeños y serranos, tan común en los países andinos. Son preguntas que en Arguedas no tocaban cuestiones epidérmicas, sino que constituían los ríos profundos de la existencia.

Graduado de licenciado de literatura en la Universidad Mayor de San Marcos, José María Arguedas se dedica a la docencia en el Colegio Nacional “Mateo Pumacahua” en la ciudad de Sicuani, Departamento de Cuzco. Impartía geografía y literatura. Con los estudiantes recorrió el territorio aledaño a Sicuani para recopilar el folklor local, lo que a la postre fue su inicio como etnólogo. Esta vocación la continuaría incluso en el marco de relaciones familiares puesto que al contraer nupcias con Celia Bustamante Vernal (30 de julio de 1939), tuvo acceso a las reuniones que se llevaban a cabo en la Peña Cultural “Pancho Fierro” propiedad de su esposa y de su cuñada Alicia. Esta Peña fue uno de los lugares

legendarios en los que se reunía la intelectualidad limeña. No es extraño entonces que a sólo dos años de su matrimonio haya publicado *Yawar Fiesta* (1941) que en ese momento era su tercer libro pero su primera novela. En 1942, José María Arguedas se encontró con los indigenistas del continente al acudir al Congreso Indigenista Interamericano celebrado en Pátzcuaro, Michoacán, México, y de cuya reunión salió el acuerdo de fundar los institutos indigenistas nacionales y el propio Instituto Interamericano. Difícil situación la de un mestizo cultural como Arguedas, que se ve envuelto en el convencimiento de la época: sólo serán posibles los Estados Nacionales en América Latina si se logran integrar sociedades de cultura nacional. La reunión de Pátzcuaro es un momento culminante en la estrategia de consolidar a los Estados Nacionales no sólo de América Latina sino del continente y significó una suerte de cruzada contra los pueblos originarios. No existe otro caso como el del indigenismo de una política de Estado que fue unánimemente adoptada por todo el continente. Para alguien que se consideraba un huérfano de huérfanos, el indigenismo ha de haber significado una terrible disyuntiva. Desde 1958 al menos, Arguedas usó para sí mismo la noción quechua de *wakcha*, “huérfano de huérfanos”. Éste es el tema central de su gran novela *Los ríos profundos* publicada en 1958. Aquí escribió Arguedas: “no tiene padre ni madre, sólo su sombra” que expresa también una condición cultural, la identidad desgarrada, ante una condición que es colectiva e individual a la vez. En otro momento, Arguedas dirá de su nodriza, doña Cayetana, que fue su “madre india, que me protegió con sus lágrimas y su ternura cuando yo era un niño huérfano”.

Este hombre dividido entre dos condiciones culturales se acercó a los círculos comunistas del Perú. Como resultado, Arguedas impartió cursos de capacitación a grupos de obreros. Éste es un período que describe y analiza César Lévano en su libro *Arguedas. Un sentimiento trágico de la vida*¹, obra en la que también se documenta la persecución política a la que se le sujetó, culminando en su expulsión del Colegio Mariano Melgar hacia finales del año 1948. Años antes, hacia 1937, fue encarcelado por haber participado, todavía como estudiante, en una manifestación

¹ César Lévano, *Arguedas. Un sentimiento trágico de la vida*, Lima, Editorial Gráfica Labor, 1969.

de apoyo a la República Española. Permaneció un año en una prisión llamada El Sexto.

En 1949 se inscribió en el Instituto de Etnología de la Universidad Mayor de San Marcos, especializándose como etnólogo obteniendo el grado de Bachiller (equivalente a las licenciaturas mexicanas de la época). Presentó un trabajo de tesis titulado *La evolución de las comunidades indígenas*, texto que le valió el Premio Nacional de Fomento a la Cultura “Ricardo Palma” en el año de 1958. En 1963, Arguedas fue nombrado Director de la Casa de la Cultura del Perú, en donde llevó a cabo una importante gestión en sólo un año en que desempeñó un cargo al que renunció para solidarizarse con un colega. Como Director de la Casa de Cultura hizo entre otras actividades, una importante labor editorial, inclusive al lado de John Murra, su amigo y notable estudioso de las culturas andinas.

El año de 1964, José María Arguedas publicó la novela que varios críticos literarios consideran su obra cumbre, *Todas las sangres*. El libro es un alegato a favor de la variedad cultural del Perú, o por lo menos así lo leí. Arguedas dice más: siente que el “progreso” amenaza esa variedad y se opone a la industrialización sin ton ni son. Es el Arguedas quechua quien escribe esta obra para dirigirse al mundo del Arguedas mestizo, e interceder por las poblaciones andinas que en lugar de ser beneficiarias del progreso resultan sus víctimas. La cuestión indígena no es local sino nacional y aún, universal, dirá Arguedas en este texto. Más todavía, a partir de la variedad peruana, el etnólogo que es Arguedas examina los modelos de organización alternativos que podría adoptar la nación, sin apartar a las comunidades andinas del proyecto de país. El libro dio lugar a un suceso que marcó otro momento amargo en la vida de Arguedas. En efecto, para discutir sus tesis se celebró una Mesa Redonda en el Instituto de Estudios Peruanos el 23 de junio de 1965. En dicha Mesa Redonda participaron Alberto Escobar, José Miguel Oviedo, Sebastián Salazar Bondy, José Matos Mar, Jorge Bravo Bressani, Henry Favre, Aníbal Quijano y el propio Arguedas. La discusión de la obra resultó sumamente desagradable para Arguedas que apenas alcanzó a defenderse. Los relatos de esa mesa por diversos autores², transmiten

² Rodrigo Montoya (editor), *José María Arguedas veinte años después: huellas y horizontes. 1969-1989*, Lima, 1991.

un ambiente de tensión y de una especie de cargada de “todos a una” contra Arguedas, que lo menos que recibió fue la acusación de escribir textos “políticamente incorrectos”. En especial, según los mismos testimonios, Favre y Quijano estuvieron particularmente hostiles. Por cierto, parece que nadie habló de la calidad literaria de la obra, sino que el texto se juzgó como un documento etnológico que atacaba las posiciones consideradas de avanzada en ese momento: la elaboración de culturas nacionales para fortalecer a América Latina, el indigenismo integracionista y asimilacionista, la industrialización a toda costa para convertir en proletarios a todo el mundo y así transformar la sociedad capitalista, en una palabra, la defensa de los pueblos indios era “políticamente incorrecta”. Después de la discusión, Arguedas escribió: “Creo que hoy mi vida ha dejado por entero de tener razón de ser... Convencido hoy mismo de la inutilidad o impracticabilidad de formar otro hogar con una joven a quien pido perdón; casi demostrado por dos sabios sociólogos y un economista, de que mi libro *Todas las sangres* es negativo para el país, no tengo que hacer en este mundo. Mis fuerzas han declinado irremediabilmente.”³ En efecto, Arguedas inició su divorcio en 1965 para casarse con Sybila Arredondo, matrimonio que se llevó a cabo en 1967. Sybila Arredondo fue esposa de José María Arguedas hasta el día en que aconteció la muerte de éste. Pero además de los párrafos citados, Arguedas escribió un poema que tituló “Llamado a algunos Doctores”, que es su respuesta a los críticos de la fatídica noche de la Mesa Redonda. La versión original del poema está escrita en quechua y la traducción al castellano del mismo autor se publicó primero, en el rotativo *El Comercio* el 10 de julio de 1966 y siete días después el mismo periódico dio a conocer la versión quechua. Arguedas protesta desde su condición de quechua contra el mundo mestizo que se expresa en castellano. He aquí algunos párrafos del poema:

Dicen que no sabemos nada, que somos el atraso, que nos han de cambiar la cabeza por otra mejor.

³ En John V. Murra y Mercedes López-Baralt (editores), *Las cartas de Arguedas*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú (1996), 1998, p. 251, n. 311.

Dicen que nuestro corazón tampoco conviene a los tiempos, que está lleno de temores, de lágrimas, como el de un toro grande al que se degüella, que por eso es impertinente.

Dicen que algunos doctores afirman eso de nosotros, doctores que se reproducen en nuestra misma tierra, que aquí engordan o se vuelven amarillos.

Que estén hablando, pues: que estén cotorreando, si eso les gusta.

Yo, aleteando amor, sacaré de tus sesos las piedras idiotas que te han hundido. El sonido de los precipicios que nadie alcanza, la luz de la nieve rojiza, de espantado, brilla en las cumbres. El jugo feliz de los millares de yerba, de millares de raíces que piensan y saben, derramaré tu sangre en la niña de tus ojos.

Arguedas continuó su trabajo en medio de grandes depresiones que le eran tratadas por la psicoanalista chilena Lola Hoffmann, a quien visitaba en Santiago de Chile. Intentó el suicidio varias veces. Su problema no era el quitarse la vida, sino el dolor. Deseaba hacerlo pero sin sufrir. El 11 de abril de 1966 tomó una sobredosis de barbitúricos de la que logró salvarse. Pero su depresión había culminado. Escribió sobre su estado de ánimo a John Murra desde, por lo menos, 1961. A su hermano Arístides le escribe diciéndole, el 10 de abril de 1966, que a los 55 años, “he vivido más de lo que creí”⁴. Arguedas decidió aislarse aun de sus amigos más cercanos y por supuesto, renunció a todos sus cargos públicos, menos a impartir sus cursos en la Universidad Mayor de San Marcos y en la Universidad Agraria. Lola Hoffmann, su psicoanalista, lo animó a seguir escribiendo convencándolo que esa era la mejor terapia. Arguedas parecía ir venciendo las depresiones. Incluso, se hizo cargo del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional Agraria La Molina, entregándose por entero a esa labor. Viajó con constancia. En marzo de 1967 estuvo 15 días en Guadalajara, México, asistiendo al Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores. Viajó a Chile, a Austria y de nuevo, a Chile en donde trabajó la última de sus novelas: *El zorro*

⁴ En C. M. Pinilla, *Arguedas en familia*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999, p. 268.

de arriba y el zorro de abajo. En 1968, ocurrió otro suceso importante en la vida de Arguedas: recibió el premio Inca Garcilazo de la Vega al considerarse que su obra era una contribución al arte y la literatura del Perú, su país. El discurso que pronunció en aquella ocasión es memorable y otra pieza maestra de una oratoria que muestra su conflicto de identidad. El título del discurso es ilustrativo de su estado de ánimo: “No soy un aculturado”. En este texto Arguedas dice sin ningún titubeo:

Acepto con regocijo el premio Inca Garcilazo de la Vega, porque siento que representa el reconocimiento a una obra que pretendió difundir y contagiar en el espíritu de los lectores el arte de un individuo quechua moderno que, gracias a la conciencia que tenía del valor de su cultura, pudo ampliarla y enriquecerla con el conocimiento, la asimilación del arte creado por otros pueblos que dispusieron de medios más vastos para expresarse.

Y en otro párrafo, escribe frases que revelan cuán profunda fue su decisión de considerarse un quechua: “A mí me echaron por encima de ese muro, un tiempo, cuando era niño; me lanzaron en esa morada donde la ternura es más intensa que el odio y donde, por eso mismo, el odio no es perturbador sino fuego que impulsa.” Y he aquí el dilema explicado: “Contagiado para siempre de los cantos y los mitos, llevado por la fortuna hasta la Universidad de San Marcos, hablando de por vida el quechua, bien incorporado al mundo de los cercadores, visitante feliz de grandes ciudades extranjeras, intenté en convertir en lenguaje escrito lo que era como individuo: un vínculo vivo, fuerte, capaz de universalizarse, de la gran nación cercada y la parte generosa, humana, de los opresores.” José María Arguedas transformó su niñez sufrida, su orfandad de orfandades, en un símil de la vida nacional del Perú. Los opresores y los oprimidos se podían unir para resultar en una nación de múltiples voces, al igual que su familia lo hubiese podido hacer. La nación vencida no tiene por qué renunciar a su ser ni la vencedora seguirle exigiendo ese sacrificio. Igual, su madrastra y hermanastro no tenían por qué exigirle renunciar a la estirpe de su madre y a la niñez india que le dio doña Cayetana. Me imagino que Arguedas alzó su voz para decir en aquella memorable ocasión: “Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz, habla en cristiano y en indio, en español y en quechua.” Alguien podría pensar que

esto es un canto al mestizaje y la renuncia a la pluralidad cultural. Claramente dice Arguedas “no soy un aculturado”. Es las dos cosas a la vez, es peruano, es un individuo que se mueve en las múltiples voces que el país le posibilita. El final del discurso es aún más conmovedor y más elocuente. Después de reconocer la influencia de Carlos Mariátegui y de Lenin, Arguedas dice:

¿Hasta dónde entendí el socialismo? No lo sé bien. Pero no mató en mí lo mágico. No pretendí jamás ser un político ni me creí con aptitudes para practicar la disciplina de un partido, pero fue la ideología socialista y el estar cerca de los movimientos socialistas lo que dio dirección y permanencia, un claro destino a la energía que sentí desencadenarse durante la juventud. El otro principio fue el considerar siempre el Perú como una fuente infinita para la creación. Perfeccionar los medios de entender este país infinito mediante el conocimiento de todo cuanto se descubre en otros mundos. No, no hay país más diverso, más múltiple en variedad terrena y humana; todos los grados de calor y calor, de amor y odio, de urdimbres y sutilezas, de símbolos utilizados e inspiradores. No por gusto, como diría la gente llamada común, se formaron aquí Pachacámac y Pachacútec, Huamán Poma, Cieza y el Inca Garcilazo, Túpac Amaru y Vallejo, Mariátegui y Eguren, la fiesta de Qoyllur Riti y la del Señor de los Milagros; los yungas de la costa y de la sierra; la agricultura a 4,000 metros; patos que hablan en lagos de altura donde todos los insectos de Europa se ahogarían; picaflores que llegan hasta el sol para beberle su fuego y llamear sobre las flores del mundo. Imitar desde aquí a alguien resulta algo escandaloso. En técnica nos superarán y dominarán, no sabemos hasta qué tiempos, pero en arte podemos ya obligarlos a que aprendan de nosotros y lo podemos hacer incluso sin movernos de aquí mismo. Ojalá no haya habido mucho de soberbia en lo que he tenido que hablar; les agradezco y les ruego dispensarme.

Un año después de este inmenso texto que es parte de las bases que sostienen a Nuestra América, un 28 de noviembre de 1969, José María Arguedas se encerró en el baño de la Universidad Agraria y se disparó un tiro en la cabeza a resultas del cual expiró cinco días después, el 2 de diciembre de 1969.

San Cristóbal, Las Casas, Chiapas.
A 14 de noviembre de 2011